

res que la llevan á las casas, y por asechanza roban el codillo del puchero; mas en el pecado llevan la penitencia: pues á este hartazgo aquel palo, á ese hurto tal cual pedrada, y así la pasan entre garrotazo y mordisco hasta que caen por el bocado en la sepultura para terminar vida tan asendereada.

Y aquí también termina este fárrago, echado á perros, antes que el buen lector me forme capítulo de perradas, y se dé á perros, y me mande á otro perro con ese hueso por estar ya del todo roído.



Carnicería.

EN la derruida, viejisima y antiestética carnicería, antigua como las pirámides de Egipto, aunque no de tan laga data, se aglomera la gente compuesta de criaditas zalameras, mocetones groseros, viejos mandaderos y tías correlonas, clientela toda ella que va á esperar la llegada de la carne, la cual viene del lejano Rastro, que da por el remate del pueblo, en veloces piraguas de afiladas proas y ligeros remos.

En un tanto después de las cuatro de la tarde se divisan desde la descubierta carnicería las fugaces embarcaciones portadoras de uno de los más regalados alimentos cotidianos, dispendio para miserias que están en abstinencia completa de tan caro bocado, y gollería para pobres que comen de él por altibajos de sus soldadas; en fuertes pértigas trasladan de la piragua al expendio los palpitantes lomos y los sangrientos cuartos; en duro tajo tío Pompo, con afilada y

certera hacha, va cortando los costillajes y dividiendo los cuartos, mientras manada rijosa de perros hambrientos y



callejeros, á la husma desde muy antes del despacho, acechan y se disputan los desperdicios que caen del tajo del tío Pompo en sus habituales tareas de verdugo incruento rodeadas de ladridos y gruñidos famélicos.

Pasadas las partes de las reses al expendio comienza el despacho y la compra de la carne; la miden en grandes balanzas, colgadas en largas reatas de las vigas del techo, y con una exactitud tan estricta como si pesaran las dosis mínimas en que se administra el calomel, águila alba, precipitado blanco, calomelano ó dragón mitigado..... que con todos esos nombres se llama para no nombrarlo rudamente mercurio *dulce*; pesada la carne, con la punta de la faca (instrumento, que no arma cortante, llevada siempre al cinto por los carniceros), hacen una incisión en las lonjas ó piltrafas (que de todo despachan), y por allí pasan el índice para introducir una tira de hojas secas de la mazorca del maíz, que para el efecto cortan, y con ella forman un atado á modo de que al marchante se le facilite la manera de llevar la carne en manojos; contados son aquellos compradores que usan de tenates y de canastas para conducir la compra de carne;

pues una particularidad es el traerla á los hogares colgante de las manos; esta manera gráfica de portarla da lugar á chuscos incidentes y á cómicas equivocaciones: sucede á veces que el conductor de la carne topa, al ir camino de su casa,



con este amigo ó aquel compadre; después del *¿qui ubo?* como fraternal saludo, se entabla la charla, y con los ademanes consiguientes á la importancia de la parla, mueve apresuradamente los brazos el de la carne, subiendo y bajando el manajo; los perros, que á tales horas si no han pillado botín en la carnicería andan venteando caza en las manos de los compradores—que para tales canes esta carne del prójimo es presa codiciada—atísban la ocasión en que el interlocutor aumenta los movimientos, y ¡zás! de un mordisco le roban el manajo al charlatán dejándolo con el lazo de hoja de maíz entre los dedos y con las interjecciones más seoces

en las palabras de arrebatada cólera que espumarea de su boca; el perro huye como gamo y no descansa de su carrera hasta encontrar sitio seguro, donde se echa Perezosamente á merendar la carne comprada para la cena.

Y no solamente se quedan aquí los desaguizados por culpa de la manera peculiar de portar el manajo, se registran casos de *quid pro quo* que dieran asunto á autor del hoy denominado «género chico», para un pasillo con músicaailable y olés por todo lo alto. Allá va uno de ellos:

Después de comprada la carne y la carnaza—porque no

todos compran el lomo, que muchos se regalan con piltrafas —algunos marchantes ocurren á «La Colmena» á beber *la tarde*; en la taberna se menudean los vasos de *tepache* y las copitas de *verdín* ¡Que sirvan la otra! ¡Yo pago eso! ¡Aquí se paga *ajta* la risa! Estas expresiones fachendosas y aquellos mandatos imperativos, anuncian que la juerga se viene encima; para estar más expeditos de manos, los bebedores cuelgan la sarta de jugosa carne y duros y pesados huesos, cuando no un rosario de tripas, un montón de bofes, todo ello en unos clavos que erizan el borde entelarañado de dos anaqueles que, de mostrador afuera, se extienden lateralmente en el corto claro de las deslucidas paredes; aumentan las libaciones y se encrudecen las palabras; ya pasados de aguardiente dos de aquellos borrachines, á pies tambaleantes toman la puerta para regresar indecisos á tomar del improvisado garabato la carne en él colgada; cada cual echa mano de su ración, cogen rumbo, olfateados de los perros que muchas veces salen con el rabo entre las piernas; pues los conductores saben, aún borrachos, cómo las gastan sabuesos de esa ralea, y con puntapiés y pedradas los ahuyentan; llegados son los hombres de nuestra anécdota á sus respectivos hogares

—Ya viene *ejte sinvergüenzo* bien cargao de la cabeza... ¡barajo con el hombre!

—A mí no me chilla *naiden* so — y muestra el abastecido montón de carne, por entre cuyas rojas lonjas asoma un hueso grande como el fémur de un elefante.

—Vaya, *crijtiano*, *jasta* que *turjiste* un día carne *pa olla* y *tútano*!

Y la iracunda costilla trueca su filípica en suave y entusiasta elogio.

Por el otro tugurio llega el compañero del que una vez al año obsequió á su mujer con carne de olla y tuétano para el almuerzo, y canta con destemplada voz:

«Cuando yo era carnicero
«Tóos me pedían del bazo,

«Hora que soy zapatero
«*Naiden* me compra»

—¡Cochino! ¡*Maldecio!* ¡*Arrastrá!* *pa* eso te doy el dinero, *pa* embolarte con *lo amigoj* y *depué* salirme con tripas como si *yo fuera* perra!

—¡Yo soy muy hombre!

—¡Tú eres un *mantenio!* Un

Y aquella furia agota el vocabulario soez de las verduleras.

El *quid pro quo* es evidente:

Uno tomó la abundante carne del otro en vez de las tripas con que se hartarían una docena de perros que hasta ahora están ladrando por el hartazgo

* * *

Hay en esta costumbre de pasar la carne en sarta para los hogares cierta manifestación de vanidad en unos y contada humildad en otros: el que trae pendiente de la mano tres kilos de *vivero* y una lengua descomunal, va ufano, antójase un Heliogábalo que, con la ostentación del manojito carnoso, dice á los vecinos: «Miren vdes. cómo las gasto de ración; para mí no hay hambre y no me desvelan ayunos.» En cambio, el que trae colgados de los dedos un pedazo mínimo de carnaje, parece que pregona su abstinencia para que la gente piense en las viglias aunque no estemos por Semana Santa, que es dar en ermitaños estando en poblado y condenarse á comer cinco habas crudas y tres hojas silvestres, para burla de perros callejeros que comen de carne todos los días.

